



Equipes Notre-Dame

2^{ème} Rencontre Internationale des Responsables Régionaux
2nd International Gathering of Regional Couples
2º Encuentro Internacional de Responsables Regionales
2º Encontro Internacional dos Responsaveis Regionais
2º Incontro Internazionale dei Responsabili Regionali
Roma, 24-29 Janvier/January/Enero/Janeiro/Gennaio 2009

TESTIMONIO DE UNA VIDA COTIDIANA

Michel e Sonia Jeangey
26 enero 2009

Fue el domingo de Pascua de 1974 cuando el amor nació en el corazón de Sonia y el mío. Fue para mí un gran día, la conocí en la escuela Iman (Foi). Sonia era para mí el ideal de chica que yo buscaba. Sus ojos claros y sus cabellos castaños, su rostro iluminado por una sonrisa franca, transmitían a mis ojos un encanto que no paraba de llenarme.

Pero este amor no estaba basado nada más que en un sentimiento emocional y platónico. Más allá del atractivo físico, yo encontraba en Sonia toda una gama de cualidades que confirmaban que había hecho una buena elección. Su carácter cálido, auténtico, sin malicia, ni hipocresía. Su mirada franca, sin rodeos, sin duplicidad. Su personalidad modesta, discreta, fuerte, equilibrada y alegre. Su fe personal fuertemente afianzada en una enseñanza familiar y de Iglesia que le da convicción y solidez.

Sus estudios, los mismos que los míos: literarios. Ella tiene un gusto muy pronunciado por la lectura y la curiosidad intelectual.

Sus padres: cristianos comprometidos en su fe diaria. Ellos le han enseñado la fidelidad a Dios, a la vida de familia, al gusto por el trabajo bien hecho.

Sonia es de Alepo como yo, ama el sol, la vida en grupo. Es sencilla y natural. Ella no quiere lo que es artificial y sofisticado. Ha aprendido de su madre a ser una mujer de interior, sabe cocinar bien y se preocupa por la felicidad de los suyos.

En el mes de mayo, yo anunciaba a mis padres mi amor por Sonia. Al final de junio, acompañado de mis padres fui a pedir la mano de Sonia a sus padres. Sonia prepara el café oriental. En el momento de beber, comprobamos que el café está endulzado. Éste es el signo de que sus padres aceptan comprometer a su hija en matrimonio conmigo. Esto es lo que los armenios llaman «khosgab», el vínculo de la palabra dada.

En esa tarde del principio del verano, los padres de las dos familias deciden, para nuestra mayor alegría, desposarnos a principios del otoño, justo antes de mi salida para Lyon.

En Lyon yo esperaba cada una de sus cartas con impaciencia. Quería conocer todo sobre cómo empleaba su tiempo cada día: en el colegio, en su familia, con sus amigos, en la iglesia... Deseaba conocer los sentimientos que podían invadirla: sus alegrías, sus penas, sus sueños, sus deseos... Todo lo que afectaba de cerca o de lejos a su vida, a su persona... me interesaba. Pronunciar su nombre, poder imaginarla a mi lado, pensar que ella me llenaba de alegría y de felicidad. Un bienestar súbito invadía todo mi ser desde que Sonia había entrado en mi vida. Cuando recibía sus cartas, las respondía el mismo día. Hemos guardado esta larga correspondencia, como una cadena de oro de la que cada uno de los eslabones nos acerca el uno al otro cada vez más. Yo no podía imaginar que estar enamorado transformaría tanto mi vida.

El 8 de agosto de 1976 será inolvidable. Día de nuestro matrimonio, se unió nuestra vida para siempre delante de Dios y delante de los hombres. ¡Casados! ¡Por fin casados! El gozo y la alegría se habían comunicado a nuestros padres, nuestros hermanos y hermanas, nuestros tíos y tías, sobrinos y sobrinas, a todos nuestros amigos. ¡En adelante seríamos un único ser!

Es en Lyon, en una residencia tranquila y cómoda del barrio de Montchat, donde nosotros vamos a construir nuestra vida de pareja. Michèle, nuestra primera hija, nacerá el 3 de octubre de 1977. Michèle es para nosotros la manifestación de aquella seguridad que tuvimos al principio de nuestro amor, y recordada aquí, al principio de nuestro matrimonio, que según su promesa, Dios estaría con nosotros para ayudarnos a construir un hogar feliz y abierto.

El 7 de septiembre de 1978, Dios nos hará el regalo de Cristina. Con el nacimiento de Cristina, Dios confirmó que Él era el soberano de nuestras vidas, de nuestra familia, de las etapas de nuestra marcha a cuatro.

Acababa apenas de aprender a ser un esposo, cuando rápidamente, de 1977 a 1978, debo aprender también al mismo tiempo a ser el padre de dos bonitas niñas que respiran vida, salud y alegría de vivir. Y sin darme demasiada cuenta, comencé a vivir esta etapa sin complejo ni inquietud. Ciertamente, la educación de mis padres, el ejemplo vivo de su amor, esa felicidad simple pero auténtica en la cual había crecido, me llevaban cada día a seguir su ejemplo. Además, no estaba solo en esta tarea. Sonia estaba allí. También había tenido el privilegio de crecer en una familia sana, equilibrada, donde el padre y la madre asumían su lugar y sus responsabilidades en armonía y complementariedad. Sonia sabía casi instintivamente cómo ser esposa y madre fiel, lo que abordaba cada día aportando a cada uno de nosotros el amor y los cuidados de los que teníamos necesidad. Ciertamente, ya desde el principio de nuestro matrimonio y nuestra vida de familia, mi vida pública absorbía una parte importante de mis días, mis tardes y mis fines de semana. Pero Sonia siempre ha asegurado por su presencia activa ante nuestras hijas, que no careciesen de nada y que se sintieran seguras.

Nuestra fe cristiana fue muy valiosa en la construcción de nuestra vida de pareja y de familia. Los principios del evangelio, basados en el amor, el servicio mutuo, la solidaridad, el rezo, la lectura de la Biblia, el respeto del uno hacia el otro, el perdón y el mantenimiento de la unidad y la armonía, fue el cimiento que consolidó cada fase de la edificación de este edificio.

Desde el parvulario, a nuestras dos niñas les gustó la escuela. Iban con alegría y placer. No sólo asimilaban todo lo que allí aprendían, sino que, para ellas, la escuela era el lugar donde vivían un compañerismo que las ayudaba en la formación de su carácter y su personalidad. La Iglesia, esencialmente con su participación en la liturgia armenia, les daba la ocasión de enriquecer sus conocimientos de Dios, la Biblia, Jesucristo, de comprometerse en la vida cristiana con un acto consciente y personal.

Las vacaciones de verano les aportaban un equilibrio que apreciaban mucho. En julio, era la participación en la colonia de verano, allí Christine conoció a Giuliano su marido. En el mes de agosto, fuimos durante muchos años, los cuatro, a la casa familiar en Alepo para vivir junto a los abuelos, primos y primas. Además de la alegría de los baños, de los juegos, de los paseos, era para nosotros la ocasión de estrechar los vínculos de nuestra unidad familiar. Durante los primeros años de nuestro matrimonio, por nuestra estancia en Alepo, disfrutamos de la cercanía y el cariño de nuestros padres, hermanos y hermanas, abuelos, tíos y tías, primos y primas que vivían en Alepo y en el mismo barrio. Nuestras hijas estaban así rodeadas de una gran familia, llena de afecto y consideración.

Para nuestros niños, para Sonia y para mí mismo, la familia fue y sigue siendo un punto de referencia indispensable para nuestra estabilidad y nuestro equilibrio.

Es en la unidad familiar donde realicé estas palabras del rey Salomón: «*El que encontró a una mujer encontró la felicidad.*» (Proverbios 18, 22). Otro texto de la Biblia pasó a ser para mí más real y más concreto: «*No es bueno que el hombre esté solo. Le haré una ayuda similar a él.*». Estos dos aspectos de la vida de una pareja se revelaban cada vez más como un precioso tesoro a través de mi vida de pareja y mi unidad familiar. La presencia de Sonia a mi lado me aportó un equilibrio y una plenitud indiscutible. Inicialmente, todo lo que teníamos conjuntamente nos permitió construir nuestro hogar sobre un fundamento sólido:

- Nuestra fe común en Jesucristo.
- Nuestro deseo de servir a Dios y a nuestro prójimo.
- Nuestras raíces armenias.

- Nuestros orígenes de Alepo.
- La condición modesta de nuestros padres.
- Nuestro gusto por el contacto y la vida comunitaria.

Pero a medida que nos hemos conocido y nos hemos descubierto, hemos constatado entre nosotros diferencias y a veces, incluso, divergencias. Después de un tiempo de luna de miel donde todo nos parecía idílico, nuestras diferencias se revelaron y fueron incluso fuente de conflicto e incomprensión. Pero éste nuestro amor del uno por el otro ha tomado el barlovento fino hasta hoy. Estamos llamados a ser semejantes, pero no a ser idénticos. Y que nuestras diferencias, en lugar de enfrentarnos, están ahí para enriquecernos y hacernos complementarios.

A menudo he pensado en este proverbio divertido, pero lleno de sentido: «El matrimonio no es un duelo, es un dúo.» Teniendo numerosas similitudes, no hemos querido caer en el amor fusionista. Ya que el amor fusionista exige la destrucción de la persona, para fundarse en “un conjunto” donde cada una de las partes de la pareja pierde su identidad, su libertad, su objetividad, en una palabra, su razón de ser. Y esto es un grave error. Porque no podemos aportar al otro nada si no somos desde el principio nosotros mismos. Y ser uno mismo, es ser un ser único, y no un clon. Sonia es Sonia y Michel es Michel. Nuestros caracteres tienen características diferentes. Allí donde yo sería demasiado sentimental y emotivo, Sonia me ayuda a tomarme tiempo para razonar y analizar. Allí donde soy demasiado apasionado y demasiado entero, me ayuda a retroceder y a fijar límites. Cuando tengo mi estado de ánimo bajo después de una decepción o de graves preocupaciones, me escucha con paciencia, y me ayuda a relativizar los problemas con el fin de no caer en el pesimismo. En medio de un horario de trabajo sobrecargado, ella tiene el genio suficiente para imponerme (a menudo contra mi voluntad) una pequeña escapada al bosque o a un salón de té, a fin de airearme en sentido literal y en sentido figurado. Sonia inspira confianza por su humor siempre igual y alegre y por su discreción. No reivindica honores ni deseos de estar en los primeros lugares. Ella se entrega sin dobleces y sin interés personal. Me lleva a veces (a menudo según su punto de vista) a implicarla en aventuras y en desafíos que le parecen utópicos. Después de una resistencia inicial y un tiempo de negociación, se engancha a mí voluntariamente y de manera solidaria.

Formamos en nuestra comunidad una pareja cómplice y complementaria. Y puedo dar pruebas de que su presencia y su disponibilidad tanto en la vida de la Iglesia y la comunidad como en la educación de nuestras niñas han sido una contribución inestimable y una inversión cuyos frutos he visto preciosos.

Hemos trabajado como pareja en Lyon en el centro cultural armenio en Sant Cyr al Monte de Oro, y en Roma en Radio Vaticana. Frecuentamos en pareja y en familia la iglesia armenia católica. Servimos a Dios en la iglesia y en la comunidad armenia tanto en Lyon como en Roma en calidad de formadores, de responsables (organizadores) e, incluso, de cocineros.

Nuestras niñas nos proporcionan también un profundo afecto. A través de Sonia, de nuestra vida de pareja, de nuestras dos hijas que hoy están casadas (Cristina con Giuliano Volpini y Michèle con Garo Avakian), vivo la felicidad de una gran familia donde cada uno con su especificidad contribuye a mantener fuertes vínculos, muy afectivos, de apoyo mutuo y expansión. Vemos a cada uno de nuestros cuatro hijos felices y bien. Esto es muy gratificante. Ciertamente, esperamos, ansiosamente, la etapa de ser abuelos. Pero esa será otra página de nuestra vida de familia.